

VESTIGIOS



ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

DE ABRIL

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Vestigios de abril

Elko Omar Vázquez Erosa

Libro 7



Diván

Vestigios de abril

© 2014 Elko Omar Vázquez Erosa

© 2019 Voluptuosidad es la palabra

Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

Imagen de portada: Hilas y las ninfas. John William Waterhouse (1896).

SE RESERVA TODOS LOS DERECHOS

Elko Omar Vázquez Erosa

Blog:

<http://voluptuosidadeslapalabra.com>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

¡El Gran Pan ha muerto! Sí; se acabó la alegría de la vida antigua, fuerte e inconsciente; se acabó la confianza en la naturaleza y en los instintos; se acabó la creencia en los mitos vitales; se acabó el correr coronado de hiedra por los bosques.

¡El Gran Pan ha muerto!

Los hijos de Sem han vencido para siempre a los hombres de las demás razas; el desierto, a la selva y al bosque; el arenal, a la fuente pura; el practicismo estrecho, al fervor ideal; la unidad, a la variedad; la esclavitud, a la libertad; el rencor, al ánimo sereno y ecuaníme; el monoteísmo áspero y universalista, a los cultos sonrientes y locales.

¡El Gran Pan ha muerto!

Ya los frutos nos parecerán frutos secos y exprimidos, ya la conciencia nos paralizará la voluntad, ya no nos inspirarán confianza nuestras inclinaciones, dudaremos de lo consciente y de lo inconsciente. Sospecharemos si estamos engañados en todo: si la naturaleza nos será siempre hostil, si por nuestros sentidos no nos llegarán más que apariencias, si todo no será apariencia en el mundo de los fenómenos, desde nuestro cuerpo hasta nuestra alma, y tendremos como única verdad los dogmas esquemáticos, secos y autoritarios.

Pío Baroja

I. EL FANTASMA DE LA NIEVE

Borracho en el balcón

donde las luces
anuncian infinita
nuestra espera,
con presencias
de cera derretida
en el estruendo
que supusimos falso
para que pudiéramos guardar
nuestras memorias.

Heridos
por la espada flamígera
de criaturas aladas,
apenas atinamos
a buscarnos
sin que por ello logremos
la pureza.

Borracho en el balcón
donde las luces envidiosas
nos arrebataron el ayer,
con presencias
de cera derretida

en el rigor mortal
de la mañana.

Deseaba que la noche

se detuviera al filo de un cerco de púas,
en los límites de un cuento secreto,
tan hermoso y cruel como la vida.

Deseaba descansar en la nieve
con melodías de cristal para arrullarme,
para cubrirme con sudarios de escarcha.

La moneda brilla suspendida en el aire

y por un momento se sabe un sol,
pero luego cae entre el polvo
donde se oxida en recuerdos
de magia que robaba a los pájaros.

Lobos...

una brisa de hielo con alas
de un águila vista en lo alto.

Artífice de notas y espectros
con la punta dorada,
un estilete forjado al silencio...
y todas las palabras huyeron
dejando la noche vacía.

Rondar de huestes hambrientas
en un valle de hojas,
y en cada hoja, una plegaria.

Lobos...
brisa de hielo y de cuentos,
un personaje en la puerta
rociando huecos de incertidumbre,
ráfagas de miedo que asfixian la hoguera.

La musa es como Janos

y tiene dos rostros
—uno diabólico y otro de ángel—

lleva en la frente el caos
de los tiempos primeros.

Unas veces vampira y cortesana;
otras... casi una santa.

Es la hermosa vestal llena de gracia
y sedienta de sangre.

La musa es cruel
y algunas veces regresa
como las furias;

otras... como Beatriz
en los últimos versos de Dante.

Sobre la piel un deseo

casi infinito
que lleva soles por dentro,

un prado fértil de sueños
para olvidar lo grosero
de nuestro amor.

Sobre la piel un deseo
casi infinito
como agujas que perforan
la carne.

Débil presencia en el aire

—lejanos automóviles
que alertan al gato—
después de una ojeada
al infinito
vuelven sus sueños
de andanzas nocturnas.

El gato,
sabio de luna y de carne
cierra los ojos y en su interior
se abren túneles memoriosos,
pasajes oscuros e inciertos
de sangre y placer.

Débil presencia en el aire
—la muerte—
más sigilosa que él.

Llevas un poco de nieve,

una pizca de sal para formar
las estatuas imposibles
que luego cubriré con mantos negros
para que recen, ardiendo en el viento,
al pie de las torres edificadas
por las antiguas razas del desierto.

Una promesa para dormir,

el río que no me condujo
donde deseaba
—la idea del suicidio
convertida en un oso
de almohada—
y luego el rasgar
de las notas
que pretenden volverse
una elegía.

El barullo de la ciudad
nos lleva lejos del núcleo
—y es irritante—
como el ladrido de un perro
a mitad del poema.

El fantasma de la nieve serpentea

buscando los abismos desiertos
que duermen bajo la piel,
buscando lo adamantino
de tus venas.

La muerte va tejiendo
ensueños de azul
para mostrarte los mundos infinitos
que sugieren las palabras;
y otra vez el dardo
en el centro del orgullo
resquebrajando los pies de barro
del coloso que un día,
amorosamente,
construimos en la orilla
que nos separa de los dioses.

Un poco de silencio

y de dulzura
habida cuenta de las hojas
que caen
sobre el silencio tenue
de los siglos.

Un poco tú, un poco yo
en el fantasma de la brisa
y el deshielo.

Danza macabra,

danza del silencio
y de los barcos
sin retorno;

danza de los reyes
y las cruces
que ocultan el rostro
del diablo;

expresión de desamparo
del burgués que se aferra
a sus monedas
y del sacerdote
a sus prebendas;

perros flacos del olvido
preludiando la llegada
de la gran igualadora.

Rota clepsidra
coronada de cuervos,
viejo carretón
cargado de cráneos;

sinistro cortejo
de trompetas
y lamentos que te llaman
por tu nombre.

En arrugada bolsa de papel

La sala fría en plástico y metal
de una instalación moderna
por la que desfila un carnaval
de rostros gélidos
que a veces sonríen
parapetados de cristal.

Hay veces,
el mar de ojos
nos comunica una sensación
de prisa y desamparo.

Hay veces
que nos transformamos
en una cifra, en un silencio
mecánico y afable.

Una reverencia aquí,
otra allá;
una tarjeta de crédito
que inspire confianza
para no ser de los hombres

que olvida la mañana ciega
en un rincón,
con la botella envuelta
en arrugada bolsa de papel.

Como Isolda arrojada a los leprosos

sin un Tristán que viniese a rescatarla,
como perlas derramadas en el fango
de los cerdos, así eran los sueños
de los idiotas que deseaban repartir
los bellos mantos, después de cortarlos
para dar a todos... siquiera una brizna.

Por los caminos del viento

y de las ruinas
salpicadas de imágenes
que fueron;

en la expresión desamparada
de los abuelos
que vieron partir a sus nietos
a la guerra
y luego se quedaron solos;

en los demonios que se enredan
un segundo en la ventana,
en las tumbas y los cirios
que dejó la espera...

...vimos pasar ejércitos de nada
que se perdieron como los ecos
de una cárcel, guardiana
de nuestras más horrendas
pesadillas.

Sublime ridículo

de Ares perfumado
con pólvora.

Un campo de batalla
sembrado de humo
y de fuego,

de payasos trágicos
que con mil ademanes
cortegan la muerte.

Y yo sigo adorando a los fantasmas

que un día nos hicieron señas
desde el otro lado del río,
en los molinos de viento,
más allá de la vigilia,
mucho antes del golpe seco
del verdugo, mucho antes del exilio
que impuso realidad.

Él, desgarrado,

con las manos hechas pedazos,
con la sonrisa marcada en dolor.

Pagano, le miro

—amo a mis dioses—

no lo comprendo,
no estoy del todo de acuerdo,
pero no puedo dejar
de sentirle tan cerca.

Él, desgarrado,

con las manos hechas pedazos,
en el Monte Calvario, en la Cruz.

Es increíble

lo que se puede envejecer
con unos años de poesía
y soledad, la tragedia de ver
cómo se desdibujan las preguntas
que ya no quieren preguntar.

El poema se cobra
con amor destrozado
que se lleva
las pocas briznas de fe.

Decía Borges:
¿de qué sirve escribir
si somos muertos
cantándole a los muertos?

¿De qué sirve el beso,
la batalla horrenda,
la guerra, el sacerdocio?

¿A qué los afanes del mar,
de la filosofía y de la santidad?

¿Y cómo renunciar a ti, mujer,
si cambiarte es como cambiar
mil dioses paganos por un Dios?

El viejo enciende la pipa

y aviva el fuego,
luego se sienta a mirar
el paso helado del viento,
el paso de los sueños
que nunca volvieron.

Solo, el viejo sigue
el ascenso de las volutas,
allá en las armas de la pared,
y no se explica
el porqué del silencio
que un día llegó
con un rostro imposible.

II. DEL VINO Y LOS ENSUEÑOS

El mago dejó sus libros

en un rincón de sombras
y de sueños frescos;
el tiempo
les fue amarilleando
como Apolo hace
con el trigo.

El mago dejó sus libros
como un camino de luces,
como un pasaje
a líricos mundos
salpicados de *fatas*
iguales a insectos
de cristal.

La senda fue
de lo más sencilla,
tan sencilla
que parecía complicada,
tan evidente
que la teníamos en la cara.

Dejó sus libros
en un rincón de sombras
y de sueños frescos,
en veredas bordeadas
de flores
que aún de día
parecían secretas.

En la oscura torre

que evitan las miradas,
un ogro acecha...
detrás del monstruo
se oculta una princesa
que tiene las llaves
del jardín.

Quiere beberse la luna de un trago

—se embriagaba con dos copas—.

Quiere beberse las mañanas,
las noches y las horas.

Quiere su jarra desbordando.

Del fluir en el tiempo y el mar

quisiera cantar a las flores
que echaron raíces
sobre la piel de un cadáver.

¡Quisiera cantar!
¡Quisiera reír!
¡Quisiera un hechizo
de goce infinito!,

decirte las cosas
que agitan el fondo del alma,
los gritos helados,
las horas vacías.

¡Quisiera cantarte de dicha
y placer voluptuoso!,
confiarte el secreto
que duerme en la encina.

Hay en tu pelo
un caudal prodigioso
que adivina la rosa
y un paso de luna,

que adivina el musgo bañado
con la sangre del druida,
con Merlín encantado
en el regazo del hada...
con Merlín despojado
del arte y la bruma.

Felicidad

Te acostumbraste a pensar
de la felicidad
como algo que siempre
sucedió mañana.

Se concedieron tus caprichos
y buscabas inquieto
en los abismos de la noche
tratando de averiguar
lo que faltaba.

Como negros sacerdotes de la tristeza

fuimos a escuchar el viento
y escanciamos vino
para honrar a los fantasmas.

A veces tu sonrisa prometía
los fulgores de la gran ciudad,
y en lo alto del olvido
vimos pasar las aguas dulces
de unas horas que finalmente
nos pertenecían.

Al mirar dentro de tus ojos
se volvieron claras las visiones
de universos tenues que dormían
más allá del placer
que nos procuraba la botella;

pero nunca nos dejó
la herencia de los reinos
que siempre tuvieron sus límites
en una odiosa, persistente
melancolía.

Ausencia, me matas,

llena de terrible carmesí,
bruja escarlata de los besos
que olvidé en la estación lejana.

Ausencia,
llena de terrible carmesí,
llena de caricias en el polvo
y de fotografías deslavadas
por el musgo.

Bruja escarlata
de los bailes que olvidé
una noche de promesas
fugitivas.

El rey, transformado en cuervo,

recorrió los paisajes ilimitados
de un mar que conducía a la dicha
de la Fata Morgana,
al encanto de lo maravilloso
por lo maravilloso,
y a la sombra del mito
encontró las joyas que dormían
en la promesa.

Con los primeros brotes del zarcillo

trepando a la ventana

los dioses de la tierra te cobijan,

te cubren de sueños, de dudas y espera...

en deleites suaves al retardar el placer

de la embriaguez anhelada.

Y cantas ¡Oh diosa!,

poemas llenos de tristeza,
poemas nunca suficientes
de sombras que tocan a la puerta.

No puedes detener
ni un momento la guadaña,
porque la locura
de los olímpicos
es mirar nuestras pasiones,

y los recuerdos bailan
en mi cabeza
y se van atrás,
hasta los primeros días
del sueño y de la Aurora.

Arpa ondeante de las aguas

en tonos verdes y azules
que reflejan el paso
de las naves,
los prados y las casas
de la orilla.

Arpa ondeante
del sueño fugitivo
en las volutas del cigarro
para cortejar a las musas
de la luz:

incienso de los dioses
adormecidos en el lago
donde fuimos a pescar
viejas quimeras.

Herí la noche con una espada

para ofrendarte una caricia de luz.

Tenue reverberar de gritos
que vuelan desde el ayer,
con juramentos que un día
importaban.

Suave roce de pies desnudos
contra el mármol
—velar tu sueño
de sombras y columnas—.

Inmutable reposo
de la diosa dormida
en el silencio eterno.

Despertó, lloraba al héroe

que había partido,
lloraba en el vaivén de las olas.

¡Ay, el olvido!
Esperando que llegue del cielo
un chispazo de luz
para perder la memoria,
para fundirse en el graznido
de las gaviotas;

mas no dura el dolor
cuando viene el amante,
y con dulce inconstancia
reinará la embriaguez.

Vade retro tus besos,

el recuerdo, la imagen.

Vade retro a la vida

que hace tiempo forjamos

con zarcillos de oro.

Llévate lejos

los perfumes, las tardes.

Quema mis cartas,

quema todo indicio,

destiérrame de ti.

¡Ay! ¡Héroe de vana memoria!

Cuando llegue del mar
tu negro velamen
y la tierra se tiña
de un trágico sueño.

Cuando lleguen los vientos
que saben a rapsodias de parcas,
que llevan el mensaje del tiempo.

Sueña, en seda y viento,
con máscaras suspendidas
de los árboles, con imágenes,
panteras y vasos
que nos lleven a un bosque alegre.

Imagina volar
un cortejo de embriaguez
para que rebose
el corazón de los dioses.

Hiedra vuelta serpientes,
flautas invisibles
que conducen la ascensión
de las bacantes.

Sueña, en seda y viento...

Viejo amor,

vimos pasar los siglos
y los ejércitos
de banderas ondulantes
como el viento;
vimos derrumbarse las ciudades
que construyeron los hombres
con la sal de su amargura;
los vimos lejos, muy lejos
de aquellos prados
que fueron de alegría.

Hoy marchan tiesos y graves,
y desconocen el canto de las aves
y el olor de la rosa;

hoy prefieren sus máquinas,
sus códigos, sus reglas...

...hoy miran la tierra con asco.

Viejo amor, ¿dónde quedó
ese dulce abandono
que traducían en baile?

En tortuosos caminos,

a veces;
en un valle resguardado
por esfinges
y en la piel de las reinas
del desierto.

En los sueños de mirra y vino
que vendieron los poetas
—compañeros de ejércitos
que un día borró la arena—.

En la sangre derramada
de los dioses,
cuando fuimos presa
de novísimas visiones.

Detenida la risa,

consumiendo el cigarro
y las horas.

Una copa de vino,
un *adagio sostenuto*
para olvidar que no vienes,
para olvidar una noche
en que fuimos ladrones
cubiertos de joyas
prohibidas.

Detenido el reloj,
marchan las figuras
que una tarde confundimos
con estantiguas.

Se me estropea el sueño
esperando un poco más
—sólo un poco más—.

El pianista reinicia,
corren los tragos
y las volutas de humo.
Se me apaga la sangre

y me doy cuenta
que no vienes ni vendrás.

Sol oscuro,

sin ti yo no sabría
buscar las huellas
que terminan por cegarme.

Sol de invierno,
cristal empañado
con ángeles embarrados
en lo frío, marca de hierro
en la carne del esclavo,
fiesta de demonios y fantasmas
en mi cuarto.

III. VESTIGIOS DE ABRIL

Necio de luna,

tormenta al vapor de la noche
que muestra el camino
en vestigios de abril,

—baila tu capa en el viento
y esparce un aroma secreto—.

Gota anisada en los labios
con suaves roces de almohada,

—vibra tu pecho, necio de luna,
frondoso de vino y de luz—.

Calla tu cuerpo
el deseo que adivina la rosa
cuando sueña tu prisa
borrarse un momento.

Del tallo hirviendo en espinas

corté las flores que dejó la noche
y con una máscara plateada,
enfermiza, los círculos
se fueron elevando.

Me mordí los puños de rabia
cuando la plegaria burlada,
cuando el sueño inconcluso
y los bosques ardiendo.

Hay en tu mirada
verdes agujas de embriaguez,
tóxica de estrellas
en los mantos negros
de la ausencia.

La sonrisa de una mujer

niega el luto de los árboles
que desnuda el otoño,
es lluvia de abril
y salmo de tierra
—duerme en las notas
de una canción
y en el vaivén silencioso
del tiempo—.

La sonrisa de una mujer
es roce de llamas
—una flor en la nieve—
noche sin sueño
aderezada en quimeras.

Es el viento
que sabe jugar
con las frases calladas
que palpitan del bardo
en el arpa,

el beso de un ángel
sin alas,

un trozo de luna
que atesora el poema.

Alas negras

en el sueño de la infancia
como castigo
por los nidos derribados:
señalaste al cielo nombrando
quién sabe que leyendas.

Fulvia en alas negras
desde el sueño de la infancia,
lejana de graznidos
en la otra raza de los ángeles.

Un día, sepultado

en sombras de ayerés,
recuerdo que alguien
—o imagino que alguien—
me dijo cuánto sufriría
dado mi carácter.

Con el tiempo la frase
fue adquiriendo consistencia,
la dolorosa realidad
del “te lo dije”.

Me he quedado solo
con el paso de las horas
más secretas y enterradas,
en el trajín minúsculo y vulgar
que nos rodea:
no consigo arrepentirme,
no podía ser de otra manera.

No guardes nada para regresar,

no guardes nada de tu sangre
en el tiempo de la creación;

duerme a los pies del diablo
y déjate llevar
por olas que conducen
a playas ignotas;

funde una carcajada en los seres,
derrámate de dicha y dolor.

La caricia de una mujer

es el paso de las aves
y una danza en el tiempo,
es embriagarse
con un poco de muerte,
con la suave epidermis
de una cascada.

La caricia de una mujer
es acercarse al abismo,
es caminar por la brisa
y volar en un sueño...
es apurar el licor
de todas las copas.

La caricia de una mujer
no perdona,
es una espada en la niebla
aguardando la noche;

es brillo de algas marinas,
destello de un pozo
oculto en la hierba.

Esta tarde:

conjunto de silencios
sin tu nombre,
murmullo de los carros
más allá de los muros
del jardín,
más allá de la calma
que exaspera;
refugio de tristeza
y de retratos,
impuro filtro de los soles
más lejanos.

Esta tarde
no tiene el regocijo
que alcanzábamos,
no tiene la efervescencia
de tus ojos,
no tiene sangre
porque es preámbulo
y vacilación,
espera inútil
de tus pasos.

El poema no paga las cuentas

y las preocupaciones
se filtran a mi jardín.

Eres bella y me da rabia,
rabia porque si te dejo ir
te veré con otro,
y luego ese gesto de reproche.

Rabia porque si me voy
detrás de ti
seré un esclavo
funcionario y jornalero,
un buey enamorado de su yugo.

Rabia porque me va a doler
—me va a saber—
una eternidad.

Rabia porque eres bella
y me sonríes.

Y que todo fuera ilusión,

una vez más,

y que fueras espuma

ocultando los riscos,

y que se borrara la dicha

y siguiera esta hipocondría

sentimental.

La belleza de una mujer

es alcanzar una gota de gloria,
es plomo ardiente en los ojos
y vidrio en la piel;

es corona de espinas,
vaso de lluvia,
firma de Dios.

La belleza de una mujer
no sabe callar,
es un rayo en el bosque
de otoño,
el motivo de Ares
y el cortejo del agua
a la luna.

La belleza de una mujer
es descifrar el misterio
y penetrar en la célula...
es una flecha en la carne.

Porque a veces me siento

como muerto
espero hasta muy noche
el prodigio que venga
a liberarme.

Cuando creo que el tiempo
me ha dejado,
aguardo el cilicio de las horas
que me sobran
y repaso los ayeres
cuyo rastro sigue en la memoria...

...porque a veces
alguien pasa por mi tumba.

La voz de una mujer

es rasgar una lira,
es la pluma
de una poetisa olvidada;

cura las huellas del tiempo
y cincela una vid
a mitad del desierto.

La voz de una mujer
tiene el canto
de la *Fata Morgana*,
un abanico de espuma
y de perlas...

La voz de una mujer
encadena con versos
y guarda la risa del mar,
es el secreto
que creímos perdido
en el fondo del lago
—es una flor en el cielo—
una ventana de sueños.

Tal vez Dios

te la mandó como cilicio
—amargo asunto el del poeta—.

Tal vez
como cera derretida en el altar,
rindiendo versos de mi sangre
a ese cortejo de las alas.

Tal vez
como bufón de reyes
cuyas lágrimas invitan a reír,
cuyas contorsiones y blasfemias
se toleran
para diversión de los banquetes;

tal vez como el bufón
al que los dioses
no pueden —al reír— tomar en serio.

Rumores de la tarde,

suave crujir de vigas
en murmullo de palomas,
dulce misterio de casuchas lejanas
lanzando humo por la chimenea.

Eterna espera de tus pasos
en los senderos
que olvidó el carretero.

Danza de auras
en torno a cadáveres
de animales silenciados
por la eternidad.

¡Ay!

Rumores de la tarde,
suave coloquio de fantasmas
en murmullo de tertulias oxidadas,
a través de los cercos retorcidos
que no abarca una mirada.

Viven en nuestros miedos

y esperanzas,
en el viento y en la oscuridad,
en el árbol genealógico.

Viven sin fundamento
en las frías hojas de un libro
y en poemas que describen
oscuros paisajes.

Viven esperando por nosotros,
acechando en los rincones,
llamando a gritos.

Ayeres

Y bebe de los charcos
recuerdos olvidados,
perfumes viejos...
ayeres.

Bebe de las noches ya pasadas
igual que el cervatillo
en las ubres de su madre muerta.

Sorbe un trozo de hielo
para ver si surgen primaveras...
ayeres.

Mi amor ya no tiene el rostro de ella,
ni de estotra, ni de aquélla;
es sólo el fantasma de un sueño confuso.

Ya no me siento el héroe de la película,
pero un cínico que porta hiel en la boca.

Siempre cabalgando tras de ti,
sombra del arte carente de sustancia.

Los años pasan,
el cambio se vuelve más pesado
y cada día, aún más difícil.

La realidad se me presenta
como una arpía colérica por mis burlas,
por haberla ignorado.

Siempre cabalgando tras de ti,
insaciable y furioso,
mezclando tu recuerdo en la locura.

Amiga sin facciones, Muerte,
espero interminable, empalagosamente,
y ya sin pretensiones de ocultarlo.

La luz del atardecer

entra por las ventanas del aula.

La pizarra ostenta ecuaciones,
dibujos obscenos y corazones rotos.

Las escaleras de concreto,
el cielo plumizo y yo solo,
recorriendo la huella de los fantasmas
en un edificio de recuerdos.

Brujas, pájaros de luna

en picos desbordantes del silencio
—visiones deformadas del cristal—.

Si se rompe de la rosa
la mirada persistente, no digas nada
—no digas que el tiempo se detiene—.

Hoy parte la distancia en los caminos
con fantasmas blancos
de jardines misteriosos:
mágico ensueño de tus ojos
reposando en la belleza.

Y ahora un avance especial de:

Imágenes de lluvia

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

<http://goo.gl/FgAXLx>

Voluptuosidad es la palabra

Imágenes de lluvia

Elko Omar Vázquez Erosa

En tus ojos suaves como lluvia,
cual destellos en licor de almendra...
como los sueños crepusculares
de góticos y amplios ventanales.

En tus ojos se levanta un mundo,
un trazo de luz y de caoba...
obsesión de soles atrapados
en cristalinas lágrimas de ámbar.

Ya que en el suave roce de tus manos

se oculta la caricia
que refleja los ecos
de cascadas nocturnas,
de añejas melodías,
persistiré en buscar
ese puente de plata
que lleva a la montaña
donde yace la llama
de tu alma, clara y limpia.

Yo no me reconozco
si tus plácidos ojos me abandonan,
si los días se vuelven
helados desencuentros,
polvorientos caminos
plagados de fantasmas,
con rotas ilusiones
que ansían apurar
una copa de olvido.

Trataré de seguirte
más allá de los mares,
más allá de los sueños

que en las tardes lluviosas...
se van desvaneciendo.

La sonrisa de mi niña

es tan dulce como el sueño
de la rosa adormecida
por el viento de la tarde.

Al llegar los fantasmas de la noche

añoré la magia de hablar contigo
y todos los instantes parecían
entretejidos con memorias tristes,
con visiones de mares lejanía
que ansiaban dibujarte en sus latidos.

En tu mirada de tardes tranquilas

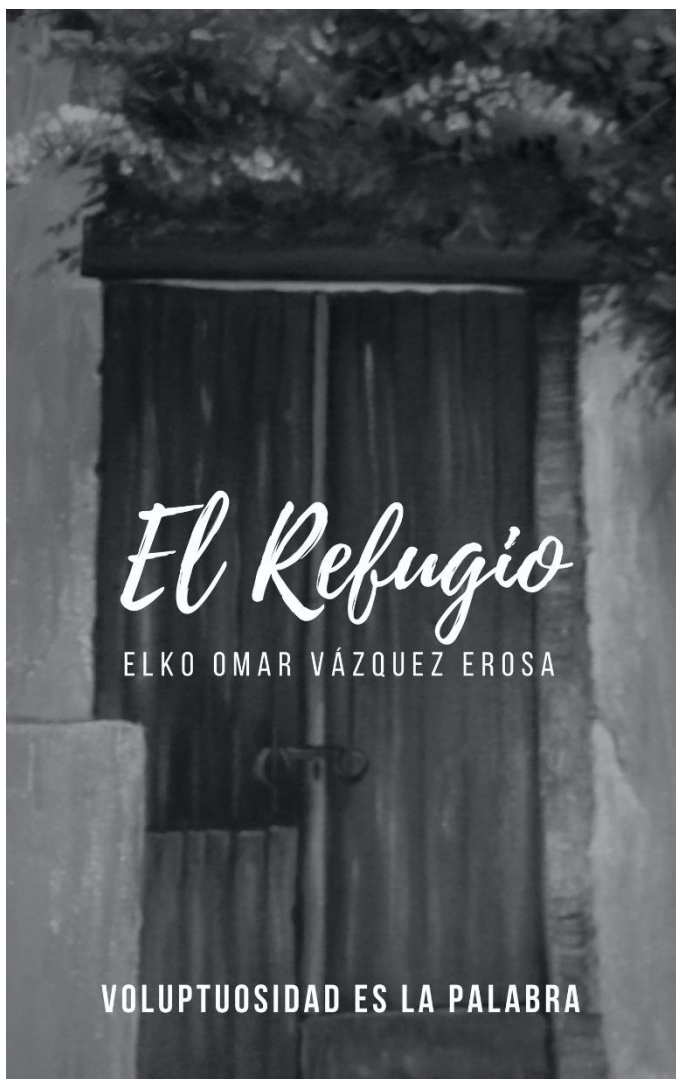
se gestan las visiones
que imagina la rosa
cuando es acariciada por el viento.

Son tus ojos de lluvia y de silencio,
ojos de ámbar y almendras,
suaves y profundos como el suspiro
de los mares inciertos.

En tu mirada se esconde el poema,
el canto de una fuente
—suave golpeteo de un ala
agitando el cristal de las aguas—.

Ojos de lluvia, silencio y almendras,
magos ojos nocturnos
que despiertan mi anhelo de imposible,
de ensueño y lejanía.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

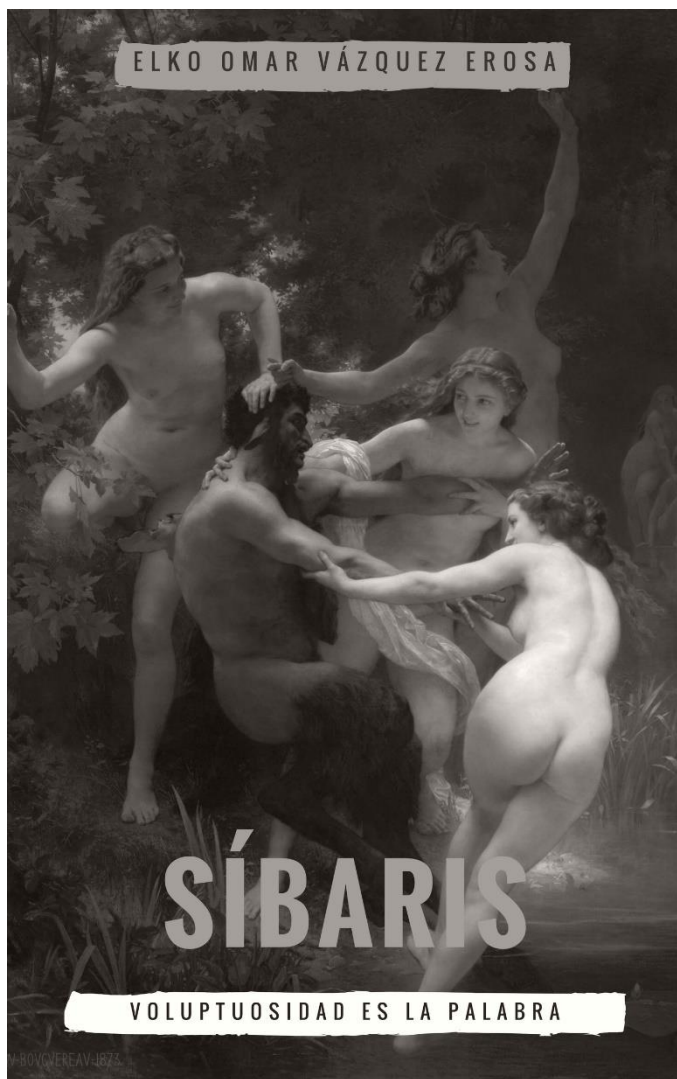


Poemas íntimos, entretejidos de memorias frágiles,
desvanecidos en el tiempo.

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



Poemas de añoranza, derramados como gotas de rocío entre la luna y la sombra.



Poemas lánguidos y voluptuosos, decadentes, para acompañar los sueños del vino y del perfume.

Contenido

Epígrafe, 3

I. El fantasma de la nieve, 4

- Borracho en el balcón, 5*
Deseaba que la noche, 7
La moneda brilla suspendida en el aire, 8
Lobos, 9
La musa es como Janos, 10
Sobre la piel un deseo, 11
Débil presencia en el aire, 12
Llevas un poco de nieve, 13
Una promesa para dormir, 14
El fantasma de la nieve serpentea, 15
Un poco de silencio, 16
Danza macabra, 17
En amugada bolsa de papel, 19
Como Isolda arrojada a los leprosos, 21
Por los caminos del viento, 22
Sublime ridículo, 23
Y yo sigo adorando a los fantasmas, 24
El, desgarrado, 25
Es increíble, 26
El viejo enciende la pipa, 28

II. Del vino y los ensueños, 29

- El mago dejó sus libros, 30*
En la oscura torre, 32
Quiere beberse la luna de un trago, 33
Del fluir en el tiempo y el mar, 34
Felicidad, 36
Como negros sacerdotes de la tristeza, 37
Ausencia, me matas, 38
El rey, transformado en cuervo, 39
Con los primeros brotes del zanallo, 40

Y cantas ¡Oh diosa! 41
Arpa ondeante de las aguas, 42
Herí la noche con una espada, 43
Desperté, lloraba al héroe, 44
Vade retro tus besos, 45
¡Ay! ¡Héroe de vana memoria, 46
Sueña, en seda y viento, 47
Viejo amor, 48
En tortuosos caminos, 49
Detenida la risa, 50
Salasarno, 52

III. Vestigios de abril, 53

Nació de luna, 54
Del tallo hinchiendo en espigas, 55
La sonrisa de una mujer, 56
Alas negras, 58
Un día, sepultado, 59
No guardes nada para regresar, 60
La canicie de una mujer, 61
Esta tarde, 62
El poema no paga las cuentas, 63
Y que todo fuera ilusión, 64
La belleza de una mujer, 65
Porque a veces me siento, 66
La voz de una mujer, 67
Tal vez Dios, 68
Rumores de la tarde, 69
Viven en nuestros miedos, 70
Ayeres, 71
Mi amor ya no tiene el rostro de ella, 72
La luz del atardecer, 74
Brújulas, pájaros de luna, 75

Un adelanto de Imágenes de lluvia, 76

Otros libros del autor, 84